



“Capítulo VIII”

p. 197-214

William Davis Robinson

Memorias de la revolución mexicana. Incluyen un relato de la expedición del general Xavier Mina

Virginia Guedea (estudio introductorio, edición, traducción y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Fideicomiso Teixidor

2003

412 p. + LXXIV

Figuras

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 40)

ISBN 970-32-0761-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de junio de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias-revolucion.htm>

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPÍTULO VIII

Situación de la ciudad de México y disposiciones del virrey. Fracaso de la expedición de Mina contra la Villa de León. Llegada frente a El Sombrero del ejército bajo las órdenes de don Pascual Liñán.¹ Establecimiento de su línea de circunvalación. Situación del fuerte. Inicio de las operaciones. Pormenores de estos sucesos. Salida sobre el campamento de don Pedro Celestino Negrete. Salida del general Mina. Pormenores de estos sucesos. Valiente defensa del fuerte efectuada el 18 de agosto. Evacuación del fuerte. Matanza de los fugitivos, de los heridos y de los prisioneros. Semblanza de don Pascual Liñán.

Mientras Mina realizaba sus preparativos en El Sombrero, iniciaba correspondencia con las poblaciones realistas y tomaba las mejores medidas a su alcance para futuras operaciones militares, los realistas se hallaban asimismo excepcionalmente activos. El gobierno español había enviado de antemano órdenes al virrey para que abandonara, si fuera necesario, cualquier otro asunto y dirigiera todos sus esfuerzos a aplastar a Mina. El virrey había calculado que, a causa de las medidas adoptadas previamente, la enorme fuerza reunida en las Provincias Internas era suficiente para acabar con él. Mas cuando las noticias del encuentro de Peotillos llegaron a México, de inmediato se despertó en él una sensación de peligro. El estado de la capital era tal que aumentaba sus temores, pues en la ciudad de México desde hacía tiempo abundaban los hombres de principios republicanos. Pero como desgraciadamente la revolución se había iniciado entre la población más ignorante e infeliz del país, casi toda la parte inteligente de la sociedad, por las razones que ya se han expresado, se unió bajo el estandarte real en espera de la ocasión en que los paroxismos revolucionarios entre las clases bajas se calmaran o apareciera algún caudillo de mayor importancia que los que hasta ese momento habían surgido. Entonces dirigirían todos sus esfuerzos a inclinar la balanza en favor de su país a la primera ocasión propicia. En Mina, por fin, contemplaron al hombre en quien podían confiar. Fue visto como el individuo que plantaría las ban-

¹ "Pasqua" en la edición de 1820.

deras de la libertad en la capital mexicana. Este sentimiento no se hallaba limitado únicamente a los criollos. Muchos españoles europeos se sintieron atraídos con entusiasmo hacia el general, y su único motivo de pesar era que éste no había traído un número suficiente de tropas extranjeras para inspirar confianza; porque, aunque su solo nombre causaba terror a las autoridades realistas y el partido a su favor aumentaba diariamente, no estaba en su poder ofrecerles la seguridad de una protección personal. Y como bajo un gobierno despótico y vigilante el tiempo y la cautela eran requisitos indispensables para efectuar cualquier combinación, muchos individuos se resistían a abandonar a sus familias a los horrores que, sabían, debían resultar de su prematura adhesión a la causa de la libertad. Estas consideraciones actuaban como un freno sobre los habitantes patriotas de la capital y otras poblaciones realistas, pero en secreto anhelaban el avance de Mina y se hallaban preparados para unírsele en el primer momento propicio.

Tan animados se encontraban sus partidarios por sus extraordinarios éxitos que se reunían en los cafés de la ciudad de México, discutían las noticias del día y dejaban traslucir sus esperanzas y sus temores tan abiertamente que no escaparon a la atención del gobierno. Se adoptaron entonces medidas coercitivas contra algunos ciudadanos distinguidos, mas el fermento en la capital no se calmó.

Después de la derrota de las tropas realistas en Peotillos, el virrey se dio cuenta de que la invasión asumía un aspecto formidable y que si Mina no era detenido de inmediato todo se perdería. Movidado por esta situación tan crítica, retiró las tropas europeas de los numerosos cantones realistas cuya situación lo permitía y las unió a la infantería nativa y a su mejor caballería criolla. Mas, a pesar de lo grave de la emergencia, sólo pudo juntar poco más de cinco mil hombres. De este ejército dependía la suerte del gobierno, y si hubiera sido destruido—lo que habría ocurrido si el padre Torres hubiera actuado como debía—, no hubiera podido levantarse otra fuerza semejante. Nuestras razones para afirmarlo se aducirán en el lugar debido.

El mando de este ejército destinado a derrotar a Mina se confió a *don Pascual Liñán*, que era mariscal de campo. También desempeñaba el honroso cargo de inspector general de México, siendo así el oficial de mayor rango después del virrey. Liñán, por medio de marchas rápidas, llegó a la provincia de Guanajuato a mediados de julio. Mina estaba informado con exactitud y regularidad de los movimientos del enemigo desde las mismas poblaciones realistas; pero, como confiaba firmemente en la llegada del suministro de provisiones, municiones y hombres que esperaba en cualquier momento, de acuerdo con las promesas del padre Torres, y sin tener la menor duda de que éste y los

otros jefes patriotas concentrarían sus fuerzas para ayudarlo, como se había acordado, decidió aguardar la llegada de Liñán en el fuerte de El Sombrero. La fuerza de Mina por ese entonces había aumentado a quinientos hombres, entre soldados y oficiales.

A finales de mes, Mina recibió información de que las tropas que componían la guarnición de la Villa de León habían salido esa mañana de la población, dejando tan sólo un pequeño destacamento para su defensa. Al considerar que esto le brindaba una buena oportunidad de poner a prueba el carácter de sus reclutas y de dar un golpe al enemigo, se decidió a atacar la plaza. La Villa de León es una población extensa, populosa y rica, situada en una llanura en la que abundan los campos de trigo. Después de la llegada de Mina a El Sombrero, el enemigo, previendo un ataque a León, fortaleció sus defensas. Por ello se aumentó su guarnición a setecientos hombres al mando del brigadier *don Pedro Celestino Negrete*, famoso en los anales de la revolución por sus actos de depravación y crueldad. Las calles que conducen a la plaza principal de la población se hallaban defendidas por un obstáculo compuesto por un muro, con un foso por la parte de fuera. Esta fortificación circundaba los edificios, que consistían en elevadas iglesias y pesadas mansiones. La plaza había sido hasta entonces considerada inexpugnable, pues se habían frustrado todos los esfuerzos de los patriotas por apoderarse de ella. A causa de su arquitectura maciza, cada casa y cada iglesia era en sí misma una fortaleza.

La tarde en que recibió esta información, después de tomar todas las precauciones para evitar que el enemigo se enterara de su proyecto, Mina salió del fuerte con su división, alguna caballería criolla —en total cerca de quinientos hombres— y una pieza de artillería. Su intención era tomar a los realistas por sorpresa durante la noche. Al llegar a menos de media milla de la población se encontró sorprendentemente con un piquete enemigo, el que huyó y dio la alarma a la guarnición. Ésta, según después se supo, había sido fuertemente reforzada con una división del ejército de Liñán, circunstancia que Mina ignoraba por completo. Al llegar cerca de la plaza sus tropas fueron recibidas por un nutrido fuego de artillería y de fusilería desde las azoteas de las casas. El ataque fue ejecutado con vigor, pero todos los intentos de concluirlo fallaron porque las tropas asaltantes se vieron subyugadas por fuerzas numéricamente superiores. La Guardia de Honor y el Regimiento de la Unión lograron, sin embargo, desalojar al enemigo de una barraca fortificada y tomaron unos cuantos prisioneros, pero no pudieron avanzar más. Al darse cuenta de que era imposible tomar la plaza, el general retiró sus tropas y regresó al fuerte al amanecer. Los realistas se sintieron tan satisfechos de verse libres de él que no hicieron ningún

intento de molestarlo durante su retirada. Éste fue el primer revés que experimentaron las armas de Mina y fue muy serio: los muertos y los heridos llegaron casi a un centenar y entre ellos se hallaron varios de los extranjeros. Algunos de los heridos que no pudieron recogerse cayeron en manos del enemigo y fueron de inmediato pasados por las armas, mientras que los prisioneros que Mina tomó fueron puestos en libertad.

En la mañana del 30 de julio se recibieron noticias de que el enemigo se hallaba en la llanura frente al fuerte y a poco se vio que el ejército de Liñán ascendía las alturas. Este ejército se componía, según sus propias declaraciones oficiales, de las tropas siguientes:

Regimiento europeo de Zaragoza	617
Regimiento criollo de Toluca	250
Regimiento europeo de Navarra	463
Caballería: Fieles de San Luis, San Carlos, Querétaro, Nueva Galicia, Colima, Sierra Gorda y Realistas de Apan	1 211
División bajo el mando del coronel don Juan Ráfols ²	<u>1 000</u>
	3 441

Diez piezas de artillería y dos obuses.

Creemos que en el estado anterior se disminuyeron las cantidades de efectivos; pero, incluso admitiendo que sean correctas, era un ejército formidable para que la pequeña guarnición le hiciera frente. Imponente como parecía la fuerza del enemigo, Mina, sin embargo, se sintió tan seguro de poder rechazarla que mandó enarbolar una bandera roja en la batería que coronaba la colina cónica que se hallaba dentro del fuerte.

La situación de la fortaleza ya ha sido descrita. En la altura frente a su entrada principal los realistas colocaron en batería siete piezas de artillería, de cuatro a doce libras, y dos obuses. En ese lugar Liñán estableció su cuartel general con la primera división de su ejército, compuesta del Regimiento de Zaragoza y cuatrocientos cuarenta y ocho hombres de caballería bajo el mando del brigadier Luaces.³ La segunda división, que consistía en el Regimiento de Toluca y trescientos ochenta y cuatro hombres de caballería bajo el brigadier Negrete, se atrincheró en la loma situada más al mediodía de las dos que salían del lado sur de la fortificación. Frente a su campamento, sobre una pequeña colina, colocó un reducto con un cañón, como a un tiro largo de fusil del

² “Rafol” en la edición de 1820.

³ “Loaces” en la edición de 1820. Se trata de Domingo Estanislao de Luaces, quien vino a la Nueva España junto con Liñán.

fuerte. La tercera división, que comprendía el Regimiento de Navarra y trescientos setenta y nueve hombres de caballería al mando del coronel don José Ruiz, se apostó en el abrevadero, y la sección que comandaba don Juan Ráfols se utilizó como cuerpo de observación entre León y Guanajuato para vigilar los movimientos del padre Torres. Estas disposiciones eran indudablemente diestras y bien calculadas para que Mina y su guarnición tomaran en serio el ataque próximo, pero ellos eran ajenos a la aprensión o al abatimiento.

El fuerte no estaba proyectado para resistir un sitio en forma ni un asalto vigoroso. El padre Torres no había mandado ninguno de los suministros esperados y todo lo que se tenía eran provisiones para diez días. Las municiones también escaseaban, pues no quedaban sino veinticinco cajas. Pero el problema más serio era que la tercera división del enemigo se hallaba apostada de tal manera que cortaba toda comunicación entre la guarnición y el agua de la barranca. Se esperaba, sin embargo, que este mal no se sentiría muy seriamente porque había comenzado ya la temporada de lluvias. El único auxilio que la guarnición recibió del padre Torres arribó como dos días antes de la llegada del enemigo y consistió en setenta hombres de caballería bajo el mando de don Miguel Borja. Toda la fuerza de la guarnición, incluyendo a éstos y a una partida de caballería de don Encarnación Ortiz, no pasaba de seiscientos cincuenta hombres. Si a ellos se añaden los paisanos empleados en las obras de fortificación, las mujeres y los niños, el total de personas en el fuerte se elevaba a cerca de novecientas.

Al amanecer del día 31, el enemigo abrió un fuego muy vivo de balas y metralla que continuó sin cesar hasta que oscureció; este fuego fue contestado ocasionalmente desde el fuerte. El cañoneo se mantuvo, casi sin interrupción, durante todo el sitio, y algunos días los sitiadores lanzaron desde su batería de la colina más de seiscientos disparos. A los sitiados esto les parecía un gasto inútil de municiones, a menos que se tuviera la intención de mostrar los grandes recursos e infatigables esfuerzos del enemigo porque, como los principales edificios se hallaban al abrigo de la colina cónica y los otros en posiciones tales que eran protegidos por las rocas, y como nadie se movía de su refugio a menos que se viera obligado a cumplir algún deber, el fuego enemigo era inútil y sus disparos caían entre las rocas sin causar daño o pasaban completamente por encima del fuerte. En realidad, su artillería se hallaba servida de manera tan torpe que lastimó sus propias fortificaciones del lado sur. Este fuego tan poco preciso continuó por varios días sin que ocurriera ninguna baja, salvo entre los caballos que rondaban por el fuerte.

Los realistas se lisonjaban, sin duda, con la esperanza de conquistar con facilidad El Sombrero, y confiaban en que el primer ataque lograría

su rendición. A las dos de la mañana del 5 de agosto se lanzó un animoso asalto sobre tres puntos considerados fáciles de atacar, pero no tuvo éxito y el enemigo se vio obligado a retirarse con algunas pérdidas. En esta acción el general, que comandaba en persona la entrada principal, demostró su intrepidez acostumbrada. Con una lanza en la mano fue el primero en resistir a los realistas y recibió una herida leve.

Fue entonces cuando otra circunstancia vino a causar una inquietud más seria que los asaltos del enemigo. La comunicación con la barranca, de la que dependía por completo la guarnición para obtener agua, fue del todo cortada por la tercera división enemiga, que se atrincheró en una posición inexpugnable cerca del abrevadero y que por las noches apostaba una cadena de centinelas a lo largo de la cañada. Tanto Mina como Moreno habían creído factible cubrir las partidas de aguadores desde el fuerte, y hubiera sido imposible evitar aquel desastre por medio del almacenamiento de agua en el fuerte porque no había más que un pequeño tanque, que sólo podía contener líquido suficiente para unas cuantas horas. Como la temporada de lluvias había comenzado, se pensó que la guarnición no sufriría por falta de agua. Todas estas esperanzas se vieron frustradas, pues las partidas de aguadores que salían cada noche regresaban casi siempre sin haber podido lograr su propósito, con una pequeña provisión que no servía de mucho, y aunque de continuo llovía por los alrededores ninguna lluvia cayó sobre el fuerte. Como las partidas de aguadores se veían obligadas a descender al riachuelo por el declive de una profunda barranca, lo que hacía imposible que estas expediciones se llevaran a cabo con algún orden, el enemigo siempre se percataba de su llegada y, por supuesto, se preparaba a resistirlas. Así fue como no se consiguió una provisión que valiera la pena. Aquellos que no han visto las barrancas mexicanas apenas pueden hacerse una idea de las dificultades que presentan a cada paso. Como abundan en ellas enormes rocas, precipicios y espesos matorrales, es imposible conducir cualquier operación militar en forma compacta y ordenada.

La pequeña cantidad de agua que cada individuo había reunido cuando hizo su primera aparición el enemigo se había agotado rápidamente. El único pozo dentro del fuerte, que se encontraba en la casa de don Pedro Moreno, nunca había tenido agua. Se consumió toda la que había estancada en las grietas alrededor del fuerte y los horrores de la sed se tornaron espantosos. Se echó entonces mano de un apio salvaje, que por suerte crecía en los alrededores del fuerte, el que se recogió con riesgo de perder la vida; pero éstos eran meros paliativos. Algunas personas llegaron a pasar cuatro días sin probar una gota de agua.

La situación de la guarnición se aproximaba rápidamente a una crisis. Cada hora que pasaba hacía que las tropas, en sus puestos, fueran menos capaces de esforzarse a causa de la severidad de sus sufrimientos. Los caballos y el ganado merodeaban en la mayor de las miserias. Los gritos de los niños pidiendo agua a sus infelices madres daban a esta escena de sufrimiento un horror especial. El semblante del general mostraba cuán profundamente comprendía los padecimientos de sus compañeros, pero los animaba con la esperanza de que el Dios de la naturaleza no los abandonaría. Señalaba a las nubes oscuras con que se hallaba cargada la atmósfera como la fuente de la que se obtendría rápido alivio; y era tal el efecto que el ejemplo de Mina y sus palabras de consuelo inspiraban, que cada quien trató de competir con los demás en cuanto a soportar con ánimo la severidad de su sufrimiento. Con grandes esperanzas vieron que se acercaban las nubes cargadas de agua, y desearon que se verificaran las predicciones de que les brindarían una buena provisión. Todas las vasijas se hallaban dispuestas para recibir la lluvia bienhechora. Las mujeres sacaron las imágenes de sus santos y suplicaron su intervención para obtener aquel alivio que sólo el Cielo podía ofrecer. Las nubes cubrieron el fuerte; no se escuchaba ningún ruido en medio de la ansiedad general de la desgraciada guarnición excepto el tronar de la artillería enemiga, cuyas tropas, con feroz alegría, miraban a los sitiados desde lo alto de su posición en la colina. Las halagüeñas nubes pasaron muy despacio sobre el fuerte y el momento de mitigar los sufrimientos se esperaba con ansiedad; cayeron unas cuantas gotas y la angustia llegó a su más alto grado, pero ¡las nubes pasaron de largo y reventaron a corta distancia del fuerte! No hay palabras para describir la desesperación que en ese momento se dibujó en todos los semblantes. Durante varios días continuaron pasando así las nubes, sin derramar una sola gota sobre la sedienta guarnición, la que sufría el cruel tormento de contemplar con frecuencia a sus enemigos empapados por la lluvia y de tener la gran laguna de Lagos constantemente a la vista. Tales fueron las aflicciones que se experimentaron en aquel desgraciado lugar. Por fin, después de un lapso de cuatro días, cayó una ligera lluvia. Todo artículo capaz de contener el deseado líquido se encontraba dispuesto, y a pesar del incesante fuego enemigo se consiguió una provisión suficiente para brindar un alivio temporal a la sufrida guarnición. Se guardó en reserva una pequeña cantidad.

El bizcocho, que había sido imposible utilizar por la falta de agua, se pudo emplear de nuevo y las tropas se reanimaron. Durante estos días de congoja muchos de los reclutas criollos se habían escapado, lo que disminuyó considerablemente la fuerza de la guarnición.

Mientras tanto, el padre Torres había salido de Los Remedios con un cuerpo de tropas y una pequeña provisión de víveres, pero al avanzar con su acostumbrado descuido cayó en una emboscada que le tendió el enemigo cerca de Silao. Sus tropas apenas ofrecieron resistencia y pronto se dispersaron; todas huyeron a sus casas y el padre se regresó a Los Remedios. Las provisiones se encontraban en la retaguardia, a cierta distancia, y escaparon de caer en manos de los realistas. Ningún intento posterior hizo Torres para auxiliar al fuerte, a pesar de saber que caería inevitablemente de no ser socorrido con prontitud. Todas las promesas hechas a Mina fueron así olvidadas o deliberadamente violadas. El enemigo, no obstante su enorme superioridad, se había encontrado con tan inesperada oposición en su último asalto que declinó hacer otro intento y dirigió toda su atención a reducir al fuerte por hambre, sabiendo muy bien que sin agua ni provisiones no podría sostenerse mucho tiempo. Para evitar la introducción de víveres y la retirada de la guarnición, apostó piquetes de caballería en todas direcciones alrededor del fuerte. No obstante, algunos hombres decididos lograban meter unos cuantos artículos cada noche, pero no fueron suministros de importancia para la guarnición. Los realistas todavía mantenían un fuego incesante desde la colina y, apostando algunas tropas ligeras entre las rocas, molestaban considerablemente a los sitiados; sin embargo, de ello resultaron muy pocas pérdidas, a causa de las razones ya mencionadas. Los puestos únicamente podían relevarse por la noche y aun entonces el peligro era grande a causa de los disparos eventuales de metralla desde la colina. Las municiones de los sitiados disminuían con rapidez y les permitían tan sólo disparar en forma ocasional; pero como los extranjeros, en especial los ciudadanos americanos, eran mejores tiradores que los del enemigo, muchos de los soldados realistas fueron abatidos.

Mientras tanto, los sitiadores conferenciaron alguna vez con los de la guarnición. Varios de los oficiales españoles, que habían sido amigos de Mina en la península, se acercaron a las murallas del fuerte para verlo, y usaron todos los argumentos posibles para inducirlo a aceptar el indulto. En apoyo de ello le hicieron patente su desgraciada situación y la imposibilidad de que se recibiera auxilio. Mina les contestó con franqueza, les explicó los motivos que lo habían inducido a abrazar su causa y terminó informándoles que había tomado la determinación de vencer o morir. Se separaron en los términos más amistosos y los oficiales expresaron su pesar por su inflexibilidad. Habiendo tenido lugar un momentáneo cese de las hostilidades, éstas se reanudaron en cuanto los oficiales regresaron a sus puestos.

Tres noches después del intento realista de entrar en el fuerte, Mina, con doscientos cuarenta hombres, hizo una salida sobre el campamento

de Negrete. Los restos de la Guardia de Honor y del Regimiento de la Unión, treinta hombres en total, todos americanos, con el general a la cabeza, sorprendieron y tomaron el reducto colocado sobre la pequeña colina. El cuerpo principal del enemigo, acampado a alguna distancia de la retaguardia, recibió aviso y se halló alerta antes de que los americanos pudieran alcanzarlo. Si hubieran estado apoyados debidamente por sus compañeros criollos, se hubiera logrado algo importante. Pero éstos no avanzaron y así dejaron a los americanos que sostuvieran un violento encuentro hasta que, abrumados numéricamente, se vieron obligados a retirarse al fuerte. Esto se llevó a cabo bajo un vivo fuego enemigo que mató e hirió a varios, entre los que se contaron once individuos de la pequeña banda de forasteros. Algunos de los heridos no pudieron ser recogidos, por lo que cayeron en manos de los realistas. Apenas podrá creerse, pero el hecho fue que el atroz oficial que los comandaba ordenó que los heridos fueran llevados frente al fuerte y ahorcados a la vista de sus compadecidos y furiosos compañeros, cuya atención había sido atraída cruelmente a la escena. Los cuerpos, despojados de sus ropas, fueron arrojados al precipicio de la barranca para servir de pasto a los buitres.

El general se dio cuenta de que a menos que se les brindara rápidamente algún auxilio externo la caída del fuerte era inevitable y, al ver que Torres no cumplía ninguna de las promesas hechas ni llevaba a cabo ninguna diversión en su favor, tomó la atrevida determinación de ir en persona a intentar procurarse la ayuda necesaria que, todavía se lisonjeaba, el padre le proporcionaría. Por ello, la noche siguiente a la salida contra Negrete abandonó el fuerte acompañado tan sólo de tres personas: su ayudante, don Miguel Borja y don Encarnación Ortiz, dejando al coronel Young al mando de la guarnición. Eludieron, aunque con dificultad, la vigilancia del enemigo. Mina, en poco tiempo, intentó enviar algo de agua y provisiones al fuerte; pero, como tenía consigo sólo a unos cuantos hombres de la caballería de Ortiz, se vio frustrado en su propósito por el número y la vigilancia del enemigo.

El general tuvo también la profunda pesadumbre de asegurarse muy pronto de que todas las declaraciones de Torres acerca de las tropas que podía reunir eran una pura ficción o, más bien, que no había hecho ningún esfuerzo por llevar a cabo la concentración que con facilidad hubiera podido hacer. Toda esperanza en la ayuda del padre era inútil. En estas circunstancias, el general envió orden al coronel Young de evacuar la guarnición.

Mientras tanto, el enemigo prosiguió el sitio con vigor. El cañoneo era incesante durante el día y continuaba en ocasiones por la noche. Algunos de los sitiados fueron muertos y varios cayeron heridos. La

provisión de agua recogida durante la última lluvia se había agotado y los sufrimientos de la guarnición, tanto por el hambre como por la sed, se volvieron de nuevo intolerables. Varios días pasaron sin agua. Los niños estaban agonizando de sed, muchos de los adultos empezaron a delirar y recurrieron al último y más repulsivo de los recursos humanos para aliviar por un momento los tormentos de la falta de agua, mientras que otros, enloquecidos, bajaban por la noche al arroyo y huyendo de la muerte por sed la recibían de manos de sus enemigos. En esta coyuntura, los realistas tuvieron un rasgo de generosidad. Se apiadaron de la espantosa situación de las mujeres y les permitieron bajar hasta el agua y beber de ella, pero no les dejaron llevarla al fuerte. Este acto solidario de humanidad fue, sin embargo, un “ardid de guerra”,⁴ puesto que por este medio el enemigo obtuvo información correcta del estado de cosas en el fuerte y, por último, al observar en cierta ocasión un gran número de mujeres en el abrevadero, con su característica perfidia los realistas se apoderaron de ellas y las enviaron prisioneras a la población de León.

Los sitiados sufrían no sólo los extremos de la sed sino que sus provisiones se hallaban agotadas casi por completo. Se arrancaron todas las hierbas que había alrededor del fuerte y algunos de los hombres creyeron encontrar alivio mascando plomo. La carne de caballos, burros y perros les sirvió en parte de alimento.

El hedor de los animales muertos, ya fuera por falta de comida o por los disparos del enemigo, y de los cuerpos de los realistas que permanecían sin enterrar provocó que el estado de la atmósfera se volviera tan espantoso que era casi insufrible. Grandes parvadas de buitres, atraídos por la lúgubre escena, rondaban de continuo sobre el fuerte y por fortuna disminuyeron este mal, que de otra forma no hubiera podido soportarse.

Como sus sufrimientos se habían vuelto intolerables, muchas de las tropas desertaron, así que no quedaron más que ciento cincuenta hombres útiles en el fuerte. Las municiones se habían agotado, de manera tal que sólo se podía hacer fuego en muy pocas ocasiones. Los cañones se cargaron por algún tiempo con las balas enemigas, las que se sacaban por la noche de los escombros afuera del fuerte y se disparaban de regreso en la mañana.

Los sufrimientos inenarrables de la guarnición indujeron a algunos de los oficiales a pedirle al coronel Young que enviara a un parlamentario para averiguar cuáles serían los términos que para capitular aceptaría el enemigo. El coronel se oponía decididamente a semejante medida, pero fue tan importunado por los de la guarnición que en contra de su

⁴ “ruse de guerre” en la edición de 1820.

voluntad consintió en ello, diciéndoles que recordaran que semejante acto no iba de acuerdo con su modo de pensar.

El parlamentario regresó con la respuesta de Liñán de que los extranjeros debían rendirse a discreción y que los naturales del país recibirían el beneficio del indulto. Cuando esta contestación se dio a conocer al coronel Young, éste expresó que no había esperado otra cosa y que confiaba que de allí en adelante ningún individuo de la guarnición le hablaría sobre capitular con un enemigo de quien no podía esperarse clemencia ni honor.

Los realistas, entre otras operaciones, habían dirigido últimamente su fuego contra la muralla frontal y, como estaba construida con adobes y piedras sueltas, las balas que la penetraban se quedaban enterradas y explotaban dentro, así que hacían a la fortificación un daño irreparable. De esta forma se destruyó la muralla, y sus escombros llenaron de tal manera el foso que formaron un paso ancho y fácil al interior del fuerte. Las brechas que hasta entonces se habían abierto en la muralla se cerraban por la noche, pero estaba ya tan destruida que cualquier intento de repararla era inútil. Por eso se levantó detrás de ella un parapeto. De hecho, tanto por esta causa como por la falta de municiones, la fuerza cada vez más reducida de la guarnición y la desgraciada situación de sus defensores por el hambre y la sed, el fuerte era imposible de sostener y el coronel Young decidió evacuarlo. Mientras se llevaban a cabo los preparativos para este fin en la tarde del día 17, el coronel se presentó en las habitaciones de don Pedro Moreno para concertar el plan de la salida. Allí encontró a don Pedro con varios de sus oficiales criollos y el mayor Mauro,⁵ que comandaba por entonces la caballería de la división. Todos ellos le dijeron al coronel que el fuerte todavía podía ser defendido y que ellos lo harían sin la ayuda de los americanos. El coronel Young, irritado por la ridícula conducta del mayor Mauro, resolvió diferir la evacuación.

La conducta de don Pedro durante el sitio había sido mezquina en extremo. No tomó parte activa en su defensa y mientras la guarnición sufría de hambre y de sed él vivía con cierto lujo, con provisiones que había almacenado en su casa. Como ya se ha dicho, algunos socorros de poca importancia se habían introducido al fuerte; Moreno especuló con la parte de ellos que consideró conveniente y sólo autorizó que se vendiera el sobrante. Ni siquiera permitió que se diera muerte a los puercos que tenía en su casa para que sirvieran a los hombres que defendían su país, a su familia y a él mismo. Durante tan severas privaciones Moreno revendió, a un precio exorbitante, carne de puerco, manteca, azúcar,

⁵ Gerónimo Mauro, sargento mayor de húsares, era natural de Mesina, Italia.

cigarros e incluso un poco del agua que había recogido durante la lluvia. Por lo tanto, la opinión general era que la resistencia de este individuo a efectuar la evacuación cuando se le propuso se debía únicamente a que deseaba ganar tiempo para escapar con su dinero. Con jefes como ese hombre y como el padre Torres, Mina y sus valientes oficiales se vieron destinados a actuar en esta crítica coyuntura.

El coronel Young, habiendo decidido defender el fuerte hasta el final, declaró que sería el último en abandonarlo y se sacrificó a esta resolución.

El día 18 el sonido de las trompetas enemigas resonó por la barranca y anunció algún movimiento de los sitiadores. Se observó que la infantería que se hallaba en el abrevadero y en el extremo sur del fuerte comenzaba a formarse y se creyó que era inminente un ataque. Los sitiados hicieron preparativos para la defensa; a pesar de haber disminuido grandemente sus fuerzas y hallarse extenuados por las severas privaciones resolvieron impedir la entrada al enemigo o perecer en la brecha. El coronel Young, siempre alerta, se aprovechó al máximo de su puñado de tropas. Se colocaron sesenta hombres para defender la muralla del frente y los pocos que quedaron se dispusieron de tal forma que se hallaron preparados para enfrentar a los asaltantes en los distintos puntos por los que podía ganarse acceso. Algunas de las pocas mujeres que todavía quedaban, al darse cuenta de los horrores a los que se verían expuestas si el enemigo triunfaba, corrieron animosamente a reforzar las distintas posiciones, llevando armas arrojadizas.

A la una, los realistas tocaron al avance desde su cuartel general, que repitieron sus divisiones respectivas. Poco después una poderosa columna apareció sobre la colina marchando cuesta abajo; al mismo tiempo la división que se hallaba en el abrevadero ascendió la colina, amenazando el flanco oriental, mientras que la otra división, al extremo sur, subió la colina llevando escalas. El enemigo avanzó decididamente por el terraplén hacia la brecha, cubierto por el vivo fuego de su batería desde la colina y frente a los irritantes disparos de la guarnición desde sus dos fortificaciones de los flancos. Cuando los realistas estuvieron a unos cuantos pasos, el fuego granado que los recibió los obligó a hacer alto; inútiles fueron entonces los esfuerzos de sus oficiales para hacerlos pasar la brecha y se retiraron en el mayor desorden. En los otros puntos de ataque fueron igualmente desafortunados. Al extremo sur, como la colina era muy inclinada, ascendieron con dificultad, a poco se agotaron, y mientras se acercaban se abrió sobre ellos un fuego destructivo, al tiempo que las mujeres les dejaban caer grandes piedras. Incapaces de soportar una oposición tan

vigorosa e inesperada, retiraron sus fuerzas después de sufrir severas pérdidas.

En ese momento cayó una copiosa lluvia; era la primera que refrescaba a la guarnición en muchos días. El enemigo creyó que éste era un momento propicio para reanudar el asalto, suponiendo que como las armas de fuego estaban inutilizadas por la lluvia la superioridad de sus fuerzas le permitiría forzar su entrada al fuerte. De nuevo sus instrumentos marciales tocaron al asalto. La columna avanzó otra vez y se acercó a la brecha con una escala, tremolando una bandera negra como símbolo de la suerte que esperaba a los sitiados. Las armas de fuego no podían ser empleadas por ningún contendiente. Los realistas continuaron presionando y se les contestó con armas arrojadas. Afortunadamente la lluvia cesó en ese momento. Los defensores del fuerte se habían animado con el aguacero y cuando pudieron usar las armas de fuego comenzaron de nuevo sus disparos bien dirigidos. Los portadores de la escala resultaron muertos. Los enemigos, animados por sus oficiales, todavía continuaron su avance, pero a pocas yardas de la brecha recibieron tan terrible descarga que rompieron filas y buscaron refugio entre las rocas y los matorrales, donde permanecieron hasta que la noche les permitió retirarse.

En este encuentro, la guarnición sufrió severas pérdidas, sobre todo por la muerte del valiente coronel Young, quien cayó gloriosamente en el momento de la victoria. En la última retirada del enemigo, el coronel, ansioso de observar todos sus movimientos, se expuso temerariamente al subir a una gran piedra en la muralla y, mientras conversaba con el doctor Hennessy sobre los éxitos del día y sobre la cobarde conducta de los realistas, el último tiro disparado por su batería le arrancó la cabeza. El coronel Young era el oficial a quien después de Mina los americanos de la división se habían acostumbrado a respetar y admirar. En todas las acciones había sobresalido por su valor y habilidad, y el general tenía en él una confianza ilimitada. A la hora del peligro mantenía su sangre fría, daba sus órdenes con precisión y espada en mano se hallaba siempre en lo más granado del combate. El honor y la firmeza marcaban todas sus acciones. Era generoso en extremo y soportaba las privaciones con una alegría superior a la de cualquier otro oficial de la división. Había estado al servicio de los Estados Unidos como teniente coronel del 29 regimiento de infantería. Su cuerpo fue enterrado con todas las muestras de honor y respeto por los pocos americanos que pudieron abandonar sus puestos, y la tristeza general que invadió a la división en esos momentos fue el tributo más sincero que pudo ofrecer a la memoria de su valiente jefe.

El mando de la división recayó entonces en el teniente coronel Bradburn.⁶ La guarnición tenía esperanzas de que el enemigo, al ver que no podía tomar la plaza por asalto, levantaría el sitio. Mas los realistas conocían demasiado bien el estado miserable de la guarnición para permitir que se les escapara semejante presa como la que constituían los oficiales de Mina. Por la extraordinaria defensa del fuerte habían descubierto también que en él se encerraba un cuerpo de hombres muy peligroso para la causa realista, y suponían que si se privaba al general de sus tropas extranjeras sería ya incapaz de causarles más problemas serios.

Al día siguiente, el enemigo no dio la menor señal de levantar el sitio. Y como las provisiones y las municiones se habían agotado casi por completo, se tornó imposible sostener el fuerte por más tiempo. Por lo tanto, se resolvió abandonarlo y, habiendo hecho todos los preparativos, se decidió llevarlo a cabo en la noche del 19.

Al examinarse la caja se halló que quedaban en ella solamente como dieciocho mil pesos. La relativa pequeñez de esta suma se debía a los abusos cometidos con los fondos por las cantidades pagadas a Torres para las provisiones, la suma gastada en vestuario, una cantidad pagada a don Pedro Moreno, otra tomada en doblones por el general con el propósito de conseguir víveres y otra suma dada a don Pedro la noche del 17, cuando se habían hecho arreglos para abandonar el fuerte, dinero que fue sacado por los paisanos. Éstas fueron las causas que disminuyeron el dinero que se tenía hasta contar solamente con la suma mencionada, la que se enterró junto con las armas de reserva y la artillería; además, se quemaron las cureñas y se clavaron los cañones.

Cuando todo estuvo listo, la guarnición se preparó para evacuar el fuerte. Ocurrió entonces una angustiada escena. La necesidad de abandonar a los desgraciados heridos, a quienes por las características de la barranca que había que pasar era imposible llevar, fue imperiosa. El hospital se hallaba lleno de estas víctimas, en su mayoría oficiales y soldados que habían acompañado a Mina desde Soto la Marina y que estaban incapacitados para moverse, pues casi todos tenían algún miembro roto. La despedida de estos hombres que habían peleado en forma tan valiente y que eran tan adictos a la causa que habían abrazado fue una escena desgarradora. Algunos anticipaban la suerte que les esperaba y suplicaban a sus amigos que pusieran fin a su existencia; otros acariciaban esperanzas en la compasión de los españoles mientras que

⁶ El teniente coronel John Davis Bradburn prosiguió en la lucha después de la muerte de Mina. En 1820 solicitó el indulto de Agustín de Iturbide, quien lo nombró su ayudante. Permaneció en México, donde se casó, y después de la independencia siguió prestando sus servicios en el ejército mexicano. En 1836 luchó contra los texanos.

otros más, sobrecogidos de angustia y desesperación, se cubrían el rostro y no podían pronunciar lo que consideraban su último adiós.

A las once de la noche el coronel Bradburn procedió con la división al punto fijado para hacer la salida. La ruta escogida pasaba a través de la barranca antes descrita y era la única dirección por la que había alguna posibilidad de escapar. Al llegar al lugar de la cita, el coronel Bradburn se sorprendió al encontrar que don Pedro, quien había llegado primero, había permitido imprudentemente que las mujeres y los niños precedieran la marcha. Pronto empezó entre ellos la confusión y con sus gritos alarmaron al enemigo, que así se enteró de lo que sucedía. La dificultad que presentaba la barranca hacía imposible para las tropas el permanecer formadas en su marcha y por ello, así como por la oscuridad de la noche, pronto se dispersaron, cada quien explorando su propio camino y cuidando de su persona.

Al fondo de la barranca se encontraron con los piquetes y los centinelas del enemigo, con quienes se sostuvo una escaramuza continua. Muchos de los fugitivos cayeron rendidos por la debilidad y otros fueron heridos por el fuego ocasional de los realistas. Las voces de las mujeres, el estampido de los fusiles enemigos, los gritos de los que caían, los quejidos de los heridos y la profunda oscuridad que reinaba a su alrededor teñían toda la escena de un horror indescriptible. Algunos cuantos, sobre todo las mujeres, se desanimaron tanto que regresaron al fuerte, prefiriendo correr el riesgo de obtener o no un perdón al peligro de una destrucción que parecía inevitable. La mayor parte, sin embargo, había ganado el lado opuesto de la barranca al amanecer. En ese lugar muchos se regocijaron porque el peligro había pasado, pero los extranjeros, ignorantes de la topografía del lugar, no estaban seguros del camino a tomar, temiendo que cada paso los pusiera en poder del enemigo. Marcharon hacia donde la suerte los llevó en grupos de dos, de tres o de seis. Poco después de salir el sol, se vieron acosados por las partidas de caballería enemiga que habían sido colocadas a lo largo de la barranca tan pronto como se supo que la guarnición había evacuado el fuerte. Comenzó otra escena de horror: la caballería realista acometió a los que huían, algunos de los cuales se hincaron, pero no se les dio cuartel. Hechos pedazos por la espada o atravesados por las lanzas, los fugitivos fueron destruidos en su mayor parte. Los pocos que escaparon, entre quienes se contaba don Pedro Moreno, debieron su preservación al estado denso y neblinoso de la atmósfera. Las ropas y el dinero que traían las víctimas fueron vistos como presas por los soldados de la caballería, quienes por esta razón prefirieron matarlos que hacerlos prisioneros, porque de haberles perdonado la vida y conducido como

prisioneros al cuartel general el botín no hubiera sido tan grande, ya que en este caso hubieran perdido la ropa.

A la mañana siguiente, el enemigo entró en triunfo al fuerte abandonado. A su entrada siguió una tragedia, causada por las órdenes del furibundo Liñán, que de manera inútil trataríamos de pintar con colores lo suficientemente fuertes. El hospital, como ya notamos, estaba lleno de heridos, que en su gran mayoría eran extranjeros, principalmente americanos.

Los que pudieron cojear hasta la plaza, distante pocos pasos, fueron obligados a hacerlo, mientras que aquellos cuyos miembros fracturados no les permitían moverse fueron inhumanamente *arrastrados por el suelo* hasta el lugar fatal. Allí se encontraba el feroz Liñán deleitándose con el espectáculo. Sin hacer caso de su miserable situación, de su valiente conducta anterior, de la clemencia y respeto que habían mostrado con los prisioneros realistas, olvidándose de todas estas consideraciones, ordenó que fueran despojados de todas sus ropas y fusilados uno por uno.

Durante tres días, Liñán obligó a los demás prisioneros encontrados en el fuerte a demoler las fortificaciones; después de demolidas ordenó que fueran llevados a la plaza y fusilados. Uno de los prisioneros, justo antes de ser pasado por las armas, descubrió el sitio donde se habían enterrado el tesoro y otros artículos, pero esta información no pudo salvarle la vida.

Así terminó el sitio de El Sombrero. De los doscientos sesenta y nueve hombres que habían entrado al fuerte con Mina sólo escaparon cincuenta.

Liñán, después de terminar la destrucción del fuerte, regresó a la Villa de León regocijándose con las proezas que había realizado. No está fuera de lugar el hacer un corto bosquejo de su origen y carrera sacado de la información que obtuvimos de fuentes respetables: de algunos oficiales españoles europeos. Cuando Fernando pasó a Francia, Pascual Liñán era un soldado raso. Siguió al rey en calidad de sirviente y permaneció con él hasta que éste regresó a España. Fernando lo estimaba mucho y, deseoso de demostrarle su generosidad por los servicios prestados, le preguntó la forma en que mejor podía pagarle su fidelidad. “Hacedme mariscal de campo”,⁷ dijo Liñán. El rey, aunque sorprendido quizá por semejante petición, se halló tan complacido al mismo tiempo por la forma en que la había formulado que dijo: “Muy bien.”⁸ Por ello fue que, para asombro de los oficiales españoles, Liñán

⁷ “mariscal de campo” en español en la edición de 1820.

⁸ “Muy bien” en español en la edición de 1820.

fue hecho mariscal de campo y enviado a México como inspector general. Su educación es deficiente y a pesar de que su aspecto personal impone, sus modales son tan burdos y su conversación tan inculca que desagrada a quienes tienen trato con él, sean del sexo que fueren. Es odiado y despreciado por sus oficiales subalternos, y aunque éstos conceden que tiene valor animal, es éste el único requisito —el menos importante— que descubren en él para ser comandante en jefe. Durante el sitio de El Sombrero nunca se movió de su cuartel general. Confió por completo en otros oficiales para planear y ejecutar todas las operaciones.

No sería justo ni generoso inferir de la conducta de Liñán que sus oficiales aprobaban sus sanguinarias medidas, ni tampoco quisiéramos que se sacaran conclusiones sobre el carácter español en general porque muchos de los agentes de este bárbaro y vengativo gobierno han actuado como el monstruo de Liñán. Hemos visto a muchos oficiales españoles cuyos sentimientos humanitarios, generosos y nobles hubieran hecho honor a cualquier país.

Los que se hallaban en los regimientos europeos bajo las órdenes de Liñán particularmente intervinieron para poner un alto a sus crueles procedimientos. Le suplicaron que difiriera la ejecución de los prisioneros hasta consultar con el virrey y, aunque lo hallaron inexorable, continuaron insistiendo sobre este punto hasta el último momento, expresando abiertamente su aborrecimiento por sus salvajes acciones. Después hemos sabido que, de hecho, llegó de México el perdón para los prisioneros, pero fue demasiado tarde porque su sangre había ya saciado la venganza del brutal Liñán. Sobre su cabeza recae, pues, la proterva matanza de los valientes extranjeros y de otras personas que cayeron en sus manos, y a él imputamos los horrores que caracterizaron la toma de El Sombrero.

Los oficiales españoles hablan en términos de la mayor indignación y del desagrado más grande sobre las horribles acciones cometidas por este hombre, e incluso los ciudadanos de su propia facción política que han tenido transacciones públicas con él le tienen miedo y lo aborrecen. Actualmente se encuentra, según creemos, en la ciudad de Veracruz, de cuya provincia es gobernador. Su conducta en ese lugar ha sido tan ruin y escandalosa que le ha granjeado el odio, no sólo de los habitantes en general, sino aun de sus propios compatriotas.

